



mí; así obré por la gracia de Ormuzd; así trabajé, hasta que reintegré nuestra casa en su antiguo esplendor; trabajé por volverlo todo á su lugar con la gracia de Ormuzd, y como si Gomatés el mago no hubiera suplantado nuestra casa (1).

Darío, que disimula aquí un poco el origen de su poder, al ménos segun cuentan los griegos, debía muchas concesiones á sus cómplices: redujo el número de las cien satrapías á veinte gobiernos, que él repartió, colocando así en derredor del trono poderosos auxiliares. Creó un consejo con los *siete primeros* (2) «párgadas», sin los cuales nada podía decidirse. Además, la administración recobró el vigor que había tenido en tiempos de Ciro. Fué necesario pagar á Darío los impuestos que había quitado el falso Smerdis, y un sistema regular de contribuciones anuales aseguró el tesoro del monarca.

La autoridad de Darío no fué reconocida sin dificultades. El partido de los magos se había aumentado mucho con la subida al trono del falso Smerdis, interesándose mucho por la suerte de las poblaciones oprimidas; además es probable que Gomatés representara las creencias degeneradas, que estaban en completa armonía con la idolatría babilónica, mientras que Darío era, segun se cree, el más ardiente defensor de la reforma que Zoroastro había establecido, y con la que pretendía llevar el imperio á las simples y puras doctrinas de los ra-

(1) Todos estos pormenores se leen en la famosa inscripción de Bisuntun; hemos tomado la traducción, hecha por M. J. Oppert del texto asirio. Esta inscripción se encuentra á una legua próximamente de Kirmanschah, á la izquierda del camino de Bagdad en Hamadan, en el Kurdistan, sobre una roca que tiene una elevación perpendicular de 456 metros. En esta roca están esculpidas figuras colosales, llenas de inscripciones, de una grande extensión. Uno de los bajo-relieves representa á Darío recibiendo los jefes enemigos prisioneros: el «feruer» de Ormuzd domina toda la escena. A uno de los vencidos se le designa así: «Este es Gomatés, el mago, que supo engañar, porque decía: «Yo soy Bartius, hijo de Ciro, y yo soy rey.»

(2) De estos «siete», seis son los de que hace mérito la inscripción de Bisuntun, que ayudaron á Darío á dar muerte al mago. Estos son: Intafernés, Otanés, Gobryas, Hydarnés, Megabyses y Aspatinés.

yos. Siempre resulta que el reinado de Darío fué una lucha continua contra las rebeliones, que se sucedían sin interrupción. El Turán estaba dispuesto á tomar las armas. Darío supo contenerle; pero á fuerza de energía.

Al mismo tiempo Babilonia, sublevada con las intrigas de los magos, se rebeló, tomando por jefe á un «rey», Naditabira, que «se llamaba Nabucodonosor, hijo de Nabonid.»

Un sitio de diez y ocho meses no hubiera bastado para reducirla á la obediencia, si no fuera por la estratagemata de *Zopiro*, consistente en cortarse las narices y las orejas, y entrar así mutilado en la ciudad, demostrando la crueldad de Darío para con él por no haberle querido ser fiel. Luego que hubo en ella penetrado, fué nombrado gobernador, y entonces fué cuando abrió las puertas á Darío, que penetró sin resistencia. Un día Darío tenía en la mano una granada, y dijo: «Quisiera tener tantos Zopiros como hay de granos en esta granada.» Trescientos babilonios fueron pasados á cuchillo, y sus murallas arrasadas. La profecía comenzaba á tener su cumplimiento, y Babel quedaba desierta.

«Mientras que estuve en Babilonia, vuelve á decir Darío, se rebelaron contra mí las siguientes provincias: la Persia, la Susiana, la Media, el Africa, la Armenia, la Partia, la Margiana y la Escitia.» Era casi todo el imperio, y Darío nombra á los jefes de la rebelión, de quienes triunfó con el auxilio de Ormuzd. Eran nueve. No le seguiremos en los detalles de su relación (1), á la que es necesario añadir los recuerdos de los historiadores griegos.

Basta decir que el gran rey vengó sobradamente las injurias inferidas á su autoridad, y

(1) M. Oppert nos ha dejado el cuadro cronológico de las expediciones de Darío, segun la inscripción de Bisuntun. En Diciembre, 520, obliga Darío á los babilonios á que se replieguen detrás de sus murallas; en Enero, 519, comienza el sitio de Babilonia; en Agosto, 518, fin del sitio y sublevación de los medos y de los armenios; en Diciembre, 519, primera batalla contra los medos; en Noviembre, 518, derrota de los medos; en Agosto y Diciembre de 519, y en Mayo del 518, batallas libradas por los armenios á las tropas de Darío; en Abril del 515, primera derrota de los partos.—M. Guillemin, *op. cit.*, p. 340.



que aseguró sus fronteras con numerosas victorias.

Rechazó á sus desiertos las innumerables hordas, siempre prontas á continuar sus terribles incursiones: era esto á la vez una represalia y una guerra de seguridad para la Persia. El gobierno de la Capadocia había capturado un gran número de bárbaros; su jefe insultó al schah y le desafió en una carta insolente, con la que acompañó presentes de un simbolismo insultante. Con ella mandó una rata, una rana, un pájaro y cinco flechas. El gran rey parece que vió en ello el abandono del aire, de la tierra y de las aguas: «Persas, estos presentes significan, respondió el jefe de los escitas, que si no volais como un pájaro, si no os sumergís en las aguas como una rana ó si no os guardais en la tierra como las ratas, perecereis con estas flechas.» Darío marchó contra estas poblaciones errantes, que cifraban su libertad en la salvaguardia del desierto. Pasó el Ister y el Danubio por un puente, cuya guardia confió á los jonios de Mileto y á su polemarca *Histié*. Los tracios y los getas quedaron sometidos, pero los corredores escitas se libraron de los batallones iránicos. Los persas huyen á las soledades; las fatigas, las enfermedades disminuyen el ejército, que se ve obligado á volver al Asia, dividido y casi destruido.

El gran rey fué muy feliz en hallar bien conservado el puente de Ister; el pequeño «tirano» del Quersoneso, Milciades de Atenas, quiso destruirle. Sabía bien que los persas habían llegado hasta la Tracia y Macedonia, que el rey de esta última comarca había rendido homenaje á Darío, que Lemos é Imbros habían caído en su poder y que pensaban hacer una invasión en la Hélade.

Apenas salió Darío de las estepas del Norte, comenzó á combatir á los pacíficos indios. El griego *Escylat*, siguiendo el curso del Indo y el Sind, se había bajado hácia el mar. El país de las montañas situado al norte de este río, quedó reducido á la dominación persa. Darío triunfaba, y al mismo tiempo su lugar-teniente *Argandés* reprimía en la expedición que hizo contra Berce una sublevación del Egipto. Esto era un signo de la pacificación general del país.

Darío pudo descansar en sus glorias, diciéndole: «Ormuzd y los demás dioses que existen me han sido propicios.» Despues añade: «Porque yo no era ni irreligioso,» lo que indica una vez más la gran reforma á la que quiso servir de apoyo, «ni embustero, ni tirano,» elogio cuya verdad es bien difícil demostrar.

El imperio era formidable por aquella época. Comprendía ciento sesenta y cinco mil doscientas leguas cuadradas; sus ingresos ascendían á ciento noventa millones, enorme suma para aquel tiempo. Un ejército numeroso daba la guarnición en las provincias y otro hacía la guardia del rey. Los diez mil *Inmortales* constituían la brillante cuanto valerosa escolta del rey. Todos los años pasaba revista á todas sus tropas, y sus ministros, *ojos y oídos del rey*, recorrían los campos y revisaban las guarniciones, animando al cumplimiento de la disciplina, recompensando el mérito y castigando las negligencias. A una voz del schah, toda esta multitud se ponía sobre las armas. Una cita dada como punto de reunión en una de las vastas llanuras del Asia, bastaba para que acudiese al punto aquel numerosísimo ejército, y entonces el monarca, arrastrado en su lujosísima carroza, ponía en marcha sus ejércitos hácia el Norte ó Mediodía, hácia Oriente ó hácia Poniente, segun su voluntad, segun el capricho de una mujer ó segun el odio de un sátrapa.

A este esplendor, á este gran poder, unía el poderoso monarca el prestigio de un restaurador de la antigua religión.

El, segun todas las probabilidades, es este schah *Victaspa*, *Gustap*, *Histaspes*, amigo y protector del gran Zeratoschtró, Zoroastro, fundador ó más bien el renovador del «mazdeísmo.» Tomando las doctrinas y tal vez el nombre del antiguo legislador é himnógrafo del Irán, del primer Zoroastro, este bactriano quiso reunir las poblaciones médicas y persas por la creencia consignada en el *Avesta* (1), de la que se desprende el monoteísmo primitivo, por más que sea una doctrina dualista.

(1) Véase la página 1171 del tomo I de esta Historia, en la que, y siguientes, hemos hecho un análisis completo de las doctrinas del *Zend-Avesta*.



El culto de *Ahura Mazda*, de Ormuzd, el dios único y creador, se pone en uso. Los amchaspandas, los izedos, vuelven á ocupar su antiguo rango en la veneracion popular; el trono y la corte del gran rey se rigen por la jerarquía celeste. El fuego simbólico, la imagen de Agni recobra sus altares, y el schah se honra de aparecer en adoracion delante de él. Una moral bastante pura, pero poco seguida en la práctica, señala el carácter de los persas y les vale la admiracion de los griegos.

Al fin Darío, bien por su propia inspiracion ó bien por imitacion á los monarcas, cuya grande herencia él habia recibido, añade á todas sus grandezas el lujo de las construcciones. Engrandece los palacios de Istakhar y la ciudad persa por excelencia, Persépolis. La cordillera de montañas de mármol negro que lleva todavía el nombre de trono de Djemschid, cuya forma es redonda á manera de un anfiteatro, sirve de recinto á un edificio que está formado de enormes trozos de mármol, unidos unos con otros con cemento, y tan admirablemente enlazados, que á la simple vista no es posible distinguir las juntas. Escaleras de mármol dan entrada

á tres series de terrados, por los que pueden pasar de frente diez jinetes á caballo. Sobre las pilastras que han sobrevivido, se levantan animales fabulosos, que parece como que están guardando las puertas. Columnas acanaladas, que apenas pueden abarcar tres hombres y que miden diez y siete metros de altura, sostienen un peristilo sobre el cual se abren grandes obras, compuestas de numerosos departamentos y decorados con una multitud de esculturas y relieves. Aquí y en los alrededores se ven grandes sepulturas; una se atribuye al héroe Rустem, otra á Ciro. El carácter general es idéntico á las construcciones de Babilonia, con un mismo estilo, una misma grandiosidad, un mismo simbolismo y hasta quizás con una misma ornamentacion.

Bien podia ser la residencia de los señores de Oriente, de aquellos en quienes se resumian los destruidos imperios y las derrumbadas monarquías.

Tal era el poder terrible que iba á hallarse en presencia de la Grecia.

La conquista del Oriente preparó la Persia para la lucha. Veamos lo que la Grecia hizo.

CAPÍTULO III

La Grecia hasta la primera guerra médica.—Separacion de la Grecia de Asia y la magna Grecia, de la Grecia central.—La magna Grecia y la Sicilia.—La Grecia central.—La Macedonia.—Las ciudades marítimas.—Las fuerzas continentales.—Esparta.—Atenas.

Por grado ó por fuerza la Grecia Central se habia separado de sus dos compañeras la Grecia de Italia y el Asia Menor.

La magna Grecia parecia bastarse á sí misma. Las colonias, fuertes por sus riquezas y celosas de su independencia, despreciaban la sujecion de la madre patria, y no conservaban con ella más que lazos de respeto y de deferencia. Estaban muy preocupadas ya por sus rivalidades, ya por sus artes y por su industria, para poder pensar en las luchas de la Hélade, cuyos nuevos conquistadores eran extranjeros.

Habia tambien entre ellos y entre los dorios vencedores cierta animosidad y casi odio, puesto que la conquista habia llenado de fugitivos sus costas. Armadas sucesivamente las unas contra las otras, invadidas por el lujo y la corrupcion, se encargaron de defender á los mercenarios, y aun cuando ellas no pudieran aniquilarse reciprocamente, quedaron sometidas á los «tiranos» de Sicilia.

La Sicilia se habia hecho, en efecto, poderosa. Las colonias griegas se habian agrupado á ella. Los jonios y los dorios eran sobre todo, los que sobresalian, llegando los unos con sus tendencias democráticas, y los otros con tendencias aristocráticas. Todavía debió quedar alguna fuerza á los dorios. La dórica Siracusa absorbió bien pronto todas las ciudades vecinas y rivales. Las tiranías quedaron allí establecidas como en la Grecia. Agrigento tuvo á Falaris, á Alcmandar y á Teron, 560 á 489, y Gelon se apoderó de Siracusa.

Es indudable que no se rompió la union

de toda la Hélade; mas si hallamos las colonias en la guerra de la independencia, será guardando muy prudentes simpatías para sus metrópolis.

En el continente helénico, los bárbaros habian hallado fácilmente donde establecerse, y cada uno contento con su lote se habia ido fortificando. Pero esta especie de igualdad, fundada por la conquista, no podia durar mucho. Era necesario que entre todos estos pequeños estados algunos se pusieran á la cabeza del movimiento y dominaran á todos los demás.

El norte de la Grecia habia sido ya rudamente amenazado; los descendientes de CARANUS el Heráclida, los príncipes de Macedonia, aguerridos con las grandes luchas de sus vecinos los de la Tracia y de la Iliria, habian tenido que combatir contra los persas. El sátrapa *Megabises* ó *Megabazes* (1) habia venido á arrancar á los habitantes de la Peonia sus ciudades y sus campiñas, para trasladarlos á las comarcas asiáticas. Este era el sistema de las cautividades. La posicion es difícil para la Macedonia. Su aptitud será incierta durante la guerra de la independencia. Unida de corazón á la Grecia, ligada de hecho á la Persia por la conquista, procuró salvarse por la traicion. No era esta la verdadera fuerza de la Hélade.

Dos clases de poderes se distinguian ya en las naciones griegas: las costas debían suministrar marinos y el continente soldados.

(1) Hay un *Megabises* entre los siete «Pasargadas» que nombra la inscripcion. ¿Sería el mismo?